



Revista Colombiana de Psiquiatría

ISSN: 0034-7450

revista@psiquiatria.org.co

Asociación Colombiana de Psiquiatría
Colombia

Rosselli, Diego; Rueda, Juan David
El deseo de muerte y el suicidio en la cultura occidental. Parte 1: la Edad Antigua
Revista Colombiana de Psiquiatría, vol. 40, núm. 1, marzo, 2011, pp. 145-151
Asociación Colombiana de Psiquiatría
Bogotá, D.C., Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80619286014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Epistemología

filosofía de la mente y bioética

El deseo de muerte y el suicidio en la cultura occidental. Parte 1: la Edad Antigua

Diego Rosselli¹
Juan David Rueda²

Resumen

La ideación suicida debe ser tan antigua como la existencia humana. Los primeros textos abundan en referencias a los actos suicidas o a los claros deseos de muerte. La Biblia, por ejemplo, registra una decena de suicidios, desde el de Abimelec, en el libro de Jueces, hasta el de Judas Iscariote, en el evangelio de Mateo. No era raro el suicidio en la antigua Grecia o en el Imperio Romano, según se desprende de los textos de Heródoto o las Vidas paralelas, de Plutarco. Los mitos griegos, los poemas homéricos y las tragedias de Sófocles y de Eurípides nos ilustran también sobre las prácticas suicidas, las ideas de muerte y las actitudes sociales hacia la muerte por la propia mano. Este trabajo pretende explorar estos temas y hacer un recuento de los más reconocidos suicidas de la Edad Antigua.

Palabras clave: Suicidio, conducta autodestructiva, historia antigua, literatura, Biblia.

Title: *Desire of Death and Suicide in Western Culture. Part 1: Ancient History*

Abstract

Suicidal ideation may be as old as human existence. The first written records have plenty of references to suicidal acts and the desire to die. The Bible for example, records ten or so suicides beginning with Abimelech in the Book of Judges, to the suicidal act of Judas Iscariot in Matthew's Gospel. Suicide was not unusual in Ancient Greece or the Roman Empire, as noted in Herodotus' History or Plutarch's Parallel Lives. Greek myths, Homeric poems, and the tragedies of Sophocles and Euripides are rich in suicidal practices, ideas of death, and discussions of social attitudes about killing one self. This paper explores these topics and collects the most important suicides of Old Age.

Key words: Suicide, self-injurious behavior, ancient history, literature, Bible.

¹ Profesor asociado, Departamento de Epidemiología Clínica y Bioestadística, Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

² Médico, Universidad Javeriana. Asistente de Investigación, Departamento de Epidemiología Clínica y Bioestadística, Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

Suicidio en la Biblia

El primer suicida bíblico, según el libro de *Jueces*, fue Abimelec, un sanguinario aspirante a rey de Israel, y quien, por las ansias de poder, mató a todos sus 70 hermanos. Luego hizo sacrificar a miles de indefensos habitantes de las ciudades que conquistaba. Mientras se acercaba un día a la ciudad amurallada de Tebés, una mujer le arrojó una piedra a la cabeza y lo dejó gravemente herido. “Saca tu espada y mátame —dijo Abimelec a su ayudante de armas—, porque no quiero que se diga que una mujer me mató”. Su ayudante, pues, lo atravesó con su espada, en lo que hoy configuraría un suicidio asistido.

Se conoce luego, también en el libro de *Jueces*, sobre el suicidio de Sansón, tras caer en desgracia por haberse enamorado de Dalila, una filisteo. Por las artimañas de esta mujer, Sansón fue capturado por sus enemigos. Es famosa la escena en la que pide a Dios que le ayude a acabar con su vida y la de sus enemigos: “¡Yahvé!, ¡Yahvé!, ¡te lo suplico, acuérdate de mí! Dame fuerzas sólo una vez más, y de un sólo golpe me vengaré de todos los filisteos”. Haciendo fuerza sobre las columnas, añadió: “¡Muera yo con los filisteos!”.

En el *Primer Libro de Crónicas* se relatan los reinados de Israel. Durante una de las batallas entre Israel y los filisteos Saúl recibió una herida causada por los arqueros enemigos; sus tres hijos fueron asesinados.

Ordenó, entonces, Saúl a su ayudante que lo asesinara, muy al estilo de Abimelec, pero recibió de él una negativa. Por tal motivo, el rey Saúl decidió caer sobre su propia espada y poner fin a su vida, acción que fue imitada enseguida por su escudero. Murieron los tres hijos de Saúl, se suicidaron Saúl y su ayudante, y fue así el fin de la tribu de Saúl.

En el libro de *Job*, uno de los textos bíblicos con más méritos literarios, se describe el sufrimiento humano llevado al extremo; no sorprende que en múltiples oportunidades las ideas suicidas hagan parte del pensamiento de este bíblico personaje:

“Preferiría mi alma el estrangulamiento, la muerte más que mis dolores”; “Asco tiene mi alma de mi vida: derramaré mis quejas sobre mí, hablaré en la amargura de mi alma”.

Otro libro que antecede al pensamiento existencialista es *Eclesiastés*, atribuido al rey Salomón. En él no hay un acto suicida, pero son muchas las citas alusivas a la muerte; de estos se describen cuatro:

“Entonces tuve por más felices a los muertos, porque ya están muertos, que a los vivos, porque viven todavía; y consideré más feliz aún al que todavía no ha existido, porque no ha visto las infamias que se cometen bajo el sol”.

“Un hombre puede tener cien hijos y vivir muchos años; pero por mucho que viva, si no disfruta completamente de lo bueno, y si ni siquiera recibe sepultura, yo sostengo que un niño abortado vale más que

ese hombre. Pues aunque ese niño se pierda en la nada, en la oscuridad, donde su nombre quedará ignorado, y aunque no llegue a ver el sol ni a saber nada, al menos habrá tenido más descanso que aquel hombre”.

“Más vale el buen nombre que un buen perfume y el día de la muerte, más que el del nacimiento. Más vale ir a una casa donde hay duelo que asistir a un banquete, porque ése es el fin de todo hombre y allí reflexionan los vivos. Más vale la tristeza que la risa, porque el rostro serio ayuda a pensar”.

“El sabio piensa en la muerte, pero el necio, en ir a divertirse”.

Jeremías, uno de los cuatro profetas mayores, profesa las siguientes quejas a Jehová en el libro que lleva su nombre, después de conocer la profecía de Pasur, un enconado enemigo suyo:

“Maldito el día en que nací: el día en que mi madre me parió no sea bendito. Por qué no me mató en el vientre (Jehová), y mi madre hubiera sido mi sepulcro, y su vientre concebimiento perpetuo. ¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?”.

Son varios los pasajes bíblicos en los cuales Jonás demuestra su disgusto ante Dios por ser tan compasivo con el pueblo de Nínive, la ciudad a la cual él le había vaticinado un final atroz. En varios versículos del libro de *Jonás* se puede apreciar el valor que este profeta le atribuye a su vida: “Ahora, pues, oh, Jehová, ruégote que me mates; porque mejor me es la muerte que la vida”.

Otro suicidio bíblico es el de Ahitofel, asesor del rey David y de su hijo Absalón, en una historia narrada en el libro de *Samuel*. Ahitofel había aconsejado a Absalón sobre cómo asesinar a su padre, durante el sueño, a orillas del río Jordán. Pero David fue informado a tiempo del plan de atentar contra su vida, lo que llevó al resentido asesor real al suicidio por ahorcamiento.

En el *Primer Libro de Reyes* se cuenta la historia de Zimri, un oficial que acabó con la vida de su rey, y usurpó así el trono de Israel. Su traición desencadenó la ira del pueblo, que proclamó rey a Omri, cuyas tropas rodearon la ciudad de Tirsa. Al sentirse atrapado, Zimri le prendió fuego a su palacio y pereció en el incendio.

Los dos libros de *Macabeos* narran eventos suicidas. En el primero de ellos se habla del acto heroico de Eleazar, un soldado de la tribu de Leví, quien en medio de la batalla atacó con su lanza a un elefante que, desfalleciente, lo trituró con su peso al caerle encima. Los estudiosos insisten en el acto deliberado, y no accidental, de Eleazar. En *Macabeos 2* se relata la historia de Tolomeo, también llamado Macrón, quien fue gobernador y jefe militar de Celesiria y Fenicia, y quien fue el primero en mostrar justicia hacia los judíos, lo cual generó el repudio de su gente. Por tal razón fue acusado de traidor. Al ver que no podía ejercer con honor la dignidad de su cargo, decidió tomarse un veneno.

Pero ningún suicidio bíblico es tan dramático como el de Razis, un venerado anciano de Jerusalén. En una

de las muchas tomas de esta ciudad sagrada, y para evitar ser capturado por sus enemigos, Razis intentó poner fin a su vida hiriéndose con su espada. Al fallar, se arrojó desde lo alto, pero nuevamente quedó con vida. En un acto final de desesperación se arrancó las entrañas y las arrojó sobre sus enemigos, en un pasaje dramático del segundo libro de *Macabeos*.

Aunque no llega al suicidio, sí abunda en ideación suicida la desdichada Sara (una Sara distinta de la de Abraham), en el libro de *Tobit*. Su desgracia empezó cuando Asmodeo, uno de los demonios, se enamoró de ella. Esta Sara era siete veces viuda, ya que sus maridos fallecían en la noche de bodas, antes de que su unión se consumara. Esto la hacía objeto de burlas:

“Sara se puso muy triste y empezó a llorar. Luego se subió a la parte alta de la casa de su padre, con la intención de ahorcarse. Pero después de pensarlo bien, dijo: sería una vergüenza para mi padre que le dijeran: tenías una hija única, tan querida, y se ahorcó por sus sufrimientos. Con eso haría morir de tristeza a mi anciano padre. Es mejor que no me ahorque; pero voy a pedirle al Señor que me haga morir para no tener que oír más insultos en mi vida”.

El único suicidio del *Nuevo Testamento* es el de Judas Iscariote. La versión más conocida es la del *Evangelio de Mateo*, que dice: “Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó”. En los *Hechos de los Apóstoles*, sin embargo, dice Pedro, refiriéndose a Judas:

“Sabemos que se compró un campo con el salario del pecado, luego se tiró de cabeza reventándose y sus entrañas se desparramaron”.

Finalmente, en el *Libro de las Revelaciones* aparecen los siete ángeles del *Apocalipsis*. Cuando el quinto ángel toque la trompeta —dice este libro atribuido al apóstol Juan— todo aquel sin el sello de Dios en la frente sufrirá: “la gente buscará la muerte, y no la encontrará; deseará morirse, y la muerte se alejará de ellos”. Entonces todos los pecadores buscarán un suicidio imposible de consumir.

Suicidio en los Clásicos

Tal vez, el suicida más famoso del período clásico fue Sócrates, condenado por no reconocer a los dioses atenienses, y por corromper a la juventud. El filósofo decidió poner fin a su vida antes de que otros acabaran con ella. En los *Diálogos* de Platón, en el libro de *Fedón*, se resume el mito mismo de la escatología, y se relata, paso a paso, cómo fueron los últimos minutos de Sócrates después de haber ingerido cicuta. También se relatan sus ideas de la inmortalidad del alma y la teoría de la transmigración, y el desprecio por el cuerpo.

En un claro acto de inmodestia, otro filósofo, Empédocles —autor de la teoría de los cuatro elementos—, se arrojó al Etna, el famoso volcán siciliano, para tener un final digno de su estatura.

Mitridates, rey del Ponto, en Asia Menor, un enemigo de los romanos,

cultivaba el hábito de tomar venenos en pequeñas dosis para hacerse insensible a sus efectos. Cuando los romanos, encabezados por Pompeyo, se tomaron su palacio, fue inútil tratar de envenenarse, por lo cual ordenó a su paje que acabara con él. Importante es recordar el mitridatismo, una práctica hoy caída en desuso, consistente en ingerir, por propia mano, los venenos que uno cree podrían usar los enemigos.

En su *Historia*, Heródoto cuenta la muerte de Cleomenes I, rey de Esparta, en un episodio de gran dramatismo. En prisión, este rey empezó a mutilarse poco a poco con un cuchillo, iniciando por las piernas, y finalmente se clavó el cuchillo en el abdomen.

Plutarco narra en sus *Vidas paralelas* los suicidios de numerosos personajes. En Esparta, el legislador Licurgo, antes de partir al oráculo de Delfos, pidió a todos los espartanos que hasta su regreso vivieran acogidos a las leyes que él mismo había promulgado. El oráculo le respondió que no podía haber mejores leyes, y que la forma como estaba siendo gobernada en ese momento Esparta era la adecuada. Para evitar que se disolviera el pacto de armonía que se vivía en Esparta, Licurgo prefirió dejarse morir de inanición. Marco Porcio Catón, también conocido como *Cato, el Joven*, y reconocido por su proverbial terquedad, decidió suicidarse en protesta contra el mandato de Julio César. Y no lo hizo de cualquier manera: primero se hirió con su espada en el abdomen

y luego se extrajo los intestinos. De esa misma época fue Marco Junio Bruto, el yerno y asesino de Julio César, quien se suicidó arrojándose sobre su espada cuando estaba a punto de ser capturado.

El mismo destino de Bruto había tenido Cayo Casio Longino, otro de los cómplices del magnicidio. También se suicidaron Marco Antonio, ante la falsa noticia de la muerte de su amada, y Cleopatra, mordida en el pecho por una cobra egipcia (según la versión más conocida), en la bien conocida historia que han dramatizado tanto Shakespeare como Hollywood.

El otro suicidio femenino célebre del período romano fue el de Lucrecia, una distinguida dama, quien fue engañada por el hijo del rey Lucio Tarquinio. Según el relato del historiador Tito Livio, aprovechando la ausencia del marido, Sexto Tarquinio se introdujo en la habitación de Lucrecia y la violó. Lucrecia, al sentirse deshonrada, se clavó un cuchillo en el pecho y murió diciendo que ninguna mujer estaría así autorizada, con su ejemplo, a sobrevivir a su deshonra.

Otra epidemia de suicidios sobrevino tras la muerte de Séneca, el filósofo romano nacido en Hispania, en la actual Córdoba española, y quien fue consejero de Nerón (otro suicida). En varias obras de arte se muestra a Séneca en el baño, al morir cortándose las venas, después de caer en desprestigio tras la muerte de su amo, y de recibir la noticia de su condena a muerte. Tras él se suicidaron sus dos hermanos y su sobrino Lucano.

Más dramático resultó el efecto de la muerte de Otón (Marco Otón César Augusto), a quien han comparado con Nerón por sus excesos. Este emperador romano fue otro que se lanzó sobre su espada para acabar con su vida. Y al ver a su emperador en la pila funeraria, sus soldados decidieron lanzarse en masa.

Tal vez, el suicidio colectivo más conocido de la historia ocurrió en Masada, una meseta del desierto de Judea. Tras un prolongado sitio las tropas de Lucio Flavio Silva, conformadas por una legión romana, cuatro cohortes auxiliares y dos alas de caballería, se tomaron la meseta. Los judíos acorralados en Masada, quienes hacían parte de uno de los grupos que se habían resistido al dominio romano, optaron por morir por su propia mano antes que ser esclavizados. El relato de los hechos lo hizo el historiador Flavio Josefo, quien dijo: “Cuando allí se toparon con el montón de muertos, no se alegraron, como suele ocurrir con los enemigos, sino que se llenaron de admiración por la valentía de su resolución y por el firme menosprecio de la muerte que tanta gente había demostrado con sus obras”.

Suicidio en la mitología griega

Egeo era hijo de Neptuno y padre de Teseo, quien, a su vez, era padre de Jasón, el de la tragedia de Medea. Pero esa, claro, es otra historia. Cuando Teseo partió rumbo a la isla de Creta para dar muerte al Minotauro, pactó

con su padre que al regreso su nave llevaría una vela blanca como señal de haber cumplido la misión; Teseo olvidó izar la vela blanca, y el padre, al ver de lejos la nave que se acercaba sin la convenida señal, creyó que su hijo había muerto, y se arrojó al mar que hoy lleva su nombre.

Otro suicida célebre fue Heracles, quien se arrojó al fuego para acabar con su dolor. Su esposa Dejanira también se suicidó, afligida por la culpa de haberle causado ese dolor a su marido al aplicarle a su vestimenta sangre de centauro, en un arranque de celos.

Al analizar con cuidado el mito de Edipo, tan conocido por los psiquiatras, deberían llamar más la atención los aspectos *suicidológicos* que los incestuosos o edípicos. Los suicidios en la familia real de Tebas arrancan con Meneceo, el padre de Yocasta (abuelo y suegro de Edipo), quien se arrojó de lo alto de las murallas de la ciudad. También se suicidó Yocasta (madre y mujer de Edipo) ahorcándose en su alcoba. El final del mismo Edipo, tras sacarse los ojos ante el cadáver de su madre y de partir al exilio, es ambiguo, y, para algunos, también es atribuible a un suicidio. Las últimas líneas de *Edipo Rey*, la tragedia de Sófocles, dicen: “De modo que hasta esperar su último día, no hay que proclamar feliz a ningún mortal antes de que haya llegado, sin sufrir ningún mal, al término de su vida”. En todo caso, Antígona, hija de Edipo y Yocasta, también se ahorcó tras conocer que sus dos

hermanos, Entéocles y Polínicos, se habían asesinado mutuamente (¡qué familia!). La tragedia no termina allí: Hemón, primo hermano y prometido de Antígona, mató a su padre, Creonte, por desear la muerte de Antígona, y luego se suicidó también, lo cual llevó a que Eurídice, madre de Hemón y viuda de Creonte, también optara por el suicidio.

El suicidio de Ajax, uno de los grandes héroes griegos en la batalla de Troya, no aparece en la *Ilíada*, sino que es narrado en el drama *Ajax*, de Sófocles (más conocido por su *Edipo Rey*). Tras la muerte de Aquiles llegó el momento de la decisión de a quién le correspondían sus armas. Se las disputaban dos grandes guerreros: Ajax y Odiseo (Ulises). Los propios dioses aqueos terciaron en aquella disputa. Pallas Atenea, devota admiradora de Ulises, para desprestigiar a su contendor, indujo en Ajax un delirio que lo llevó a atacar a espada a un rebaño de corderos. Después de este acto descontrolado, y tras

recuperar la consciencia, Ajax, avergonzado, decidió poner fin a su vida de una manera honrosa. Durante la mayor parte de la obra de Sófocles, Ajax, en conversación con su esposa Tecmesa, discute los detalles del plan para terminar con su vida. Finalmente decide enterrar en la arena la espada que le había legado Héctor, para luego abalanzarse sobre ella. En un acto de nobleza, Odiseo, oponiéndose a Menelao y a Agamenón, insistió en el entierro con honores a su rival.

Bibliografía

Para la realización de este trabajo se recurrió a diferentes fuentes; entre ellas, la serie *Great Books*, de la *Enciclopedia Británica*, que comprende una selección de los más grandes escritos de la cultura occidental. En las bases de datos científicas se identificaron los siguientes artículos:

1. Koch HJ. Suicides and suicide ideation in the Bible: an empirical survey. *Acta Psychiatr Scand.* 2005;112:167-72.
2. Preti A, Miotto P. Suicide in classical mythology: cues for prevention. *Acta Psychiatr Scand.* 2005;111:384-91.

Conflictos de interés: Los autores manifiestan que no tienen conflictos de interés en este artículo.

Recibido para evaluación: 20 de noviembre del 2010

Aceptado para publicación: 18 de enero del 2011

Correspondencia

Diego Rosselli

Departamento de Epidemiología Clínica y Bioestadística

Universidad Javeriana

Carrera 7ª No. 40-62

Bogotá, Colombia

diego.rosselli@gmail.com